

De un periódico de Jaén

La mujer en los Balkanes

¿Qué se piensa de la mujer en los Balkanes? Los pueblos balcánicos situados entre el Occidente, que honran a las mujeres con respeto caballeresco, o el Oriente, que las trata como esclavas, sufren la doble influencia de las dos civilizaciones. En las poesías populares y en sus máximas, los pueblos balcánicos afirman netamente la superioridad viril. «El hombre es el jefe—dicen— y la mujer es la yerba.» Queriendo significar que el hombre puede pisar a la mujer. Los proverbios búlgaros son menos brutales: «Un hombre vale más que diez mujeres» y también: «El hombre es el diván, la mujer es el escabel». Sin embargo, aprecian en mucho las virtudes domésticas: «El hombre ha sido hecho para gobernar el mundo; la mujer para gobernar la casa.» «La casa no descansa en la tierra, sino en la mujer.» «Ningún hombre es más estimable que una mujer laboriosa.» «Una buena mujer es la gloria del marido.» «Un hombre no puede permanecer solo ni aun en el paraíso.» «Un hombre sin mujer es un cuarto sin pared.» «Los eslavos meridionales no conciben que se pueda vivir celibe.» Y los proverbios correspondientes a la mujer tales como este: «Mejor es ser mujer del peor de los maridos que la hermana del mejor de los hermanos.»



Despertar de soltero

Por X. X. X.

Entregado hallábame en los plácidos brazos.... de Morfeo, cuando desperté sobresaltado a los rudos golpes que, sobre la entornada puerta de mi estancia, propinaba sin compasión algún desalmado. Cogí un zapato que estaba a mi alcance para arrojarlo a guisa de proyectil al causante de tal ruido, cuando abrióse la puerta y apareció mi gran amigo Vicente con la sabida jovialidad que siempre en su rostro se refleja.

Pero «ninchi»—díjome—, es ya hora de que te levantes, son nada menos que las diez, vas a tener el cuerpo entumecido, vamos perezoso, que hoy no hace tramontana.... ¡Pero, que has dicho! ¿que no sopla el viento? Entonces llueve,—continué— (guiado por la fuerza de costumbre; pues ambas cosas abundan en este dichoso Figueras) y me volví de lado. Te digo que hace un día expléndi-

do—manifestóme—y acompañando la acción a la palabra de «San Pedro, abre», abrió uno de los balcones con vistas a la calle.

El dios Febo, con sus esplendentes rayos, penetró en la habitación a través de los visillos que parecían oponerse a su bienhechora entrada. Hará seguramente mucho frío puesto que esta noche ha helado, por las pruebas evidentes que presentan los cristales con su color opaco. Nada de eso,—me replicó mi buen amigo—; es que a la patrona se le olvida muy a menudo de mandarlos limpiar, circunstancia por la cual, debemos estarle agradecidos puesto que así pueden servirnos fácilmente de espejo (a falta de mejores), para nuestro sencillo tocado. Sonreí a la filosofía barata de Vicentito (como le llamo yo) y me dispuse presto a ponerme en condiciones para poder aplacar las peticiones irrevocables de mi desfallecido estómago.

Un pianillo callejero lanzaba al aire las agudísimas notas del ¡Ven y ven!

Bajamos las escaleras conducentes al comedor tateando los últimos «couplets» de la Raquel para ver si de esta manera podíamos suavizar un tanto, el caracter arisco de la «mucama», catalana de pura cepa y destinada al servicio de la casa (una respetable señorita sexagenaria en cuyo corazón no ha hecho mella el Amor); ¡pero, quiál. Recibiéndonos con el estribillo acostumbrado que de tanto oírlo, me lo se ya de memoria; «¿que volen un fanal?»; para eso serviría usted, (pensé yo para mis adentros), para un farol de esquina.

Larguísimo sería el relato del desayuno, a la par que frugal, desastroso, y que cual purga tuvimos que tragar, por estar ella allí presente; el café frío y sin azúcar, y si mi paladar no miente, yo creo que incluso estaba avinagrado, para correr sin duda alguna, paralelas con el rostro de la interfecta.

El amigo en cuestión, subió de nuevo a sus habitaciones ocupado en sus quehaceres, y un servidor se lanzó a la calle en busca de mejor suerte, procurando esquivar las miradas indiscretas de alguna transeunte, para que no notare en mi rostro, las huellas producidas por el sueño, como estigma de mi pereza.

Día primaveral. Los rayos solares, descienden oblicuamente sobre la vasta llanura del bajo Ampurdán y corroborando las frases de mi madrugador amigo, no se nota ni el menor soplo de aire. ¡Oh tramontana! bendita seas mil y mil veces cuando tus avasalladores impetus se concretan a no traspasar la collada del Perthus por los picos denominados los «Tres frares». A ti restan agradecidísimas las bellas ninfas que en estas regiones terrenales moran, toda vez que, gracias a tu benignidad pueden deshacerse de sus sendos abrojos con pieles anexas, y lucir así los graciosos